



LOS LISPERGUER Y LA QUINTRALA

De Benjamín Vicuña Mackenna Editorial Francisco de Aguirre O. 1972

Por FERNANDO DURAN V.

Dentro de la monotonía de nuestras historias del siglo pasado, hay uno que constituye una excepción. Y qué prodigioso, extraordinario excepción! Se llama Benjamín Vicuña Mackenna y es, en medio de la sequedad y del aseo de inventario de hechos ajenos, un chispazo de fantasía, un estallido de imaginación y de poder creador.

Con los demás se diría que la historia es una fatigosa estadística, una enumeración de nombres, de sitios, de fechas y de batallas. Nada de humano, de personal y sorpresivo aparece detrás de esos murallones que tanto se parecen a los adobes de que en aquellos tiempos se construían las paredes. Ningún color, ninguna línea graciosa, ningún rasgo caprichoso o que salga de la aburrida uniformidad. En cambio, en Vicuña Mackenna resalta la agilidad del trazo, la vitalidad de la frase o de la expresión, sobre todo, la fuerza con que la historia se convierte en comedia o drama, es decir, en trama protagonizada por alguien y convertida en accidente o episodio en el cual podemos entrar como en un lugar inmediato, que nos toca y de algún modo nos pertenece.

Eduardo Solar Cordero distingue "haciendo un corte hábil y certero en nuestro pasado, por lo menos tres columnas. La primera, que aya y empuja en organizar la conquista y en asentar la colonización, es sucedida por otra nerviosa, arbitraria y distorsionada, de índole netamente barroca, hasta que apare perspectivas al siglo XVIII, en que Chile cobra una forma y un perfil que harían posible la ya terminante emancipación.

Sobre este convulsos y trágico fondo del siglo XVIII, la historia chilena dibuja un rostro enigmático en que crónica y leyenda, verdad y mito, se juntan para crear al personaje más desconcertante y esquivo de esa época, la Quintrala.

¿Quién era esta mujer, mezcla de hecatiza y de pasión, de vulgaridad y de refinamiento, de orgullo y de plebeísmo, que llena con firmeza tan alocante todo ese pasado? Su origen es tan turbio y complejo como su vida. Nació en su alma y en sus venas — hasta donde se entrelazan — una sustancia pegajosa y contradictoria que debiera atraer a "siguientes y patológicos. Le hace falta un análisis moderno que la estudie y la explique. Marañón, con tanta más exigencia, traza la silueta de Enrique IV de Castilla, y con mejor material escribió un "Tiberias", en que analiza la trayectoria de un resentimiento en el alma traumatizada por sus intimas reveses.

La personalidad de Catalina de los Ríos Lisperguer, la Quintrala, es un enigma desafiante, alejado en el corazón del siglo XVIII y todavía incitante para quien quiera descifrarlo. Su abuelo, el alemán Karlshelm Blumens, cuyo apellido se tradujo al equivalente español de Flores, casó con Elvira, la hija del cacique de Talagaste, de cuyas ruinas nació una bondadosa mujer, Agueda Flores. Esta hija de carpintero alemán y de indígena, fue el foco de donde surgieron las bogueras que arrastraron sobre la vetusta colonia tantas sombras como luces. Porque Agueda, en cuyas venas chocaba

la la sangre germánica con la indígena, contrajo matrimonio con otro alemán, ahora de gran alcurnia. Pedro Lisperguer de Rimbemburg, "Wartenberg según los roles pergaminados", que había sido paje de Carlos V y formaba en la escuela juvenil de Garra Hurtado de Mendoza. De estas ruinas escarpadas indígenas vienen los Lisperguer Flores, que en tres narices dan toda la dimensión de su dramatismo: Pedro "el pendenciero", María y Catalina, esta última madre de la Quintrala.

Las dos hermanas Lisperguer se ven envueltas desde jóvenes en crímenes dignos de cortes italianas. Tales como el intento de envenenamiento del hombre galante y gobernador Alonso de Ribera y el envenenamiento del propio padre. La atrevida doña Catalina, que iba a sobresalir en esta comparación, contrajo matrimonio con Gonzalo de los Ríos, cuyo hostil tampoco desmerece del de la conyugal. Marido complaciente, cómplice de su terrible esposa, debió su nacimiento a doña María de Ríos ex amante de Pedro de Valdivia que, al despedirse de ella, supo colocarla como mujer de De los Ríos. Como ella era de armas tomar, no se desdoro destacando en hacer morir su esposo en una escena digna de Hamlet, derrotado por el hijo herido en sus brazos, mientras el desprecioso dormía un sueño que no sabríamos calificar si era el de los vivos.

Catalina de los Ríos Lisperguer, hija de tan retorcida pareja, heredó y acentuó sus tendencias. Asesino a su padre, más a más de un amante ciego a su abuela, intentó dar muerte a un fraile que le encendía sus escudillas, dio la orden de matar a un cura de La Ligua, hizo sus amantes y torturas, según los sofisticados comentarios de la época, a sus siervos y, en fin, sembró su larga y fastidiosa vida de un repunte de crímenes tan abundante como su fortuna.

Es un caso inolvidable en la arremetida larguísima colonial, que más parece digna de figurar en una historia decadentista o en un tratado de anomalías de la personalidad. Vicuña Mackenna no solo se fijó en ella, con su ávida pugna de historiador y novelista, sino que le confirió una vida en que resalta el trasfondo barroco de aquel tiempo. Eras los días de una España estrechecida, que empezaba a dislocarse, en que la monarquía española siente los síntomas de lo que será su decadencia. Las reyes apalan a valdies, las guerras empujan fatigosamente el horizonte y la gran discusión religiosa debilita el alma melancólica de Europa. Vicuña esta busca su equilibrio y se debate en luchas de conciencia y de armas, el lujo, la abundancia, el placer, lanzan su oleaje de olvido y de molición. La colonia siente una tentación parecida. La violencia de las animas, la pasión del festín, el refinamiento de una, silección que abunda la sana simplicidad de los primeros tiempos, se afuerza a la inseguridad interior. No es extraño que, aunque en su condición europeísta, sea entonces cuando surge una Quintrala, como la experiencia — sociológica por donde se vea — se desahoga una sociedad atormentada y torturada.

Eduardo Solar Cordero vio con perspicacia este cuadro ético social, como el nacimiento

BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA

Los Lisperguer y La Quintrala



"del consorcio de una sociedad informe y bruta con una cultura superior y de transplante la pasión violenta, la crueldad, los excesos del tipo y del juego, la furia irrefrenable, los dardos y rejas en las calles y las tremendas venganzas, sobresaltan la serena y silenciosa atmósfera chilena. Luego la ola pasa y en el siglo XVII se juntan de nuevo los sucesos raros y se consolida un régimen que, a través de su sólida organización, hará todo lo necesario para que la independencia cuente con una base en que cimentarse.

Pero este es capítulo aparte. Lo interesante es el Vicuña Mackenna que, merced a los documentos y escarmentando el archivo, compulsa el dato pero también enriqueciéndolo con la aguda adivinación, reconstituye toda una época y la convierte en escenario de unos personajes cuya avasalladora originalidad se apodera del lector.

Al lado suyo, los viejos historiadores son autores de crónicas lentas y abarrotadas, padres del burocrático y anodino del hecho. Y no es porque el amor evocador del pasado tuviera mas archivos a su alcance o dispusiera de documentos inaccesibles a los demás. Era solo porque tenía ese toque celeste, que nace con los hombres y muere con ellos, que no atorga ninguna certeza ni se enciende en ninguna Universidad. El de poseer una curiosidad humana animada de una fantasía ligil y recueta, el de adivinar el pasado y tornarlo inmediato, el de borrar la distancia del tiempo y convertirlo todo en actualidad.

Ahora Santiago recuerda el centenario del Cero Santa Lucía, brotado de la trampa y del estorbo general de este hombre extraordinario, al que nada me extraña, desde la historia hasta la política, desde el Parlamento hasta el armamento, desde la labor periodística hasta la noble administración.

Sus obras de historia son también otro Santa Lucía en el peregrino cuerno de los admanes y reporteros relámpagos. Donde la historia no es sino el polvo de los archivos y se levanta el choc rancio de la humedad de los pergaminos, este dignísimo don Benjamín era capaz de adinar vergües y, lo que es más maravilloso, de hacerlos surgir a fuerza de ingenio de la poca soga y del poco imperio.

Los Lisperguer y la Quintrala [artículo] Fernando Durán V.

Libros y documentos

AUTORÍA

Durán V., Fernando, 1908-1982

FECHA DE PUBLICACIÓN

1972

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Los Lisperguer y la Quintrala [artículo] Fernando Durán V.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile